

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 734 Martes 28 de Marzo de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Gobernar para transformar**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Ramón Tamames dixit**, *José M^a García de Tuñón Aza*
- ✚ **La vida sigue igual**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Intemperie o aire libre**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **El «sexilio»**, *Costillares*
- ✚ **De los días de...**, *Alfonso Ussía*
- ✚ **Reformar las pensiones, quemar las calles**, *Jesús Cacho*

Gobernar para transformar

Emilio Álvarez Frías

Geste Pedro Sánchez, o los sosias que lo rodean con una capacidad de pelotaris increíblemente rumbosa, que mueven los mandiles como si fueran unas flamencas del Albaicín con el fin de que el chef les conceda la posibilidad de crear un plato de cinco estrellas, se pasan la vida cavilando y no dejan de sacar a relucir nuevas consignas, nuevas frases que deben ser



pronunciadas esa semana por toda la jauría de ministros cuando se enfrenten con los periodistas y hasta con la madre que los parió,

Últimamente hemos visto los cartelones con fondo rojo –y luego se extrañan de que los pusieran otrora el apelativo de «rojos»!– que acompañan las reuniones que prodigan con los amiguetes, –no con el público en general al que tienen más

miedo que a Mohamed VI–, con sendos rótulos tales como «Gobernar para transformar».

No nos extraña que lo usen generosamente en su vocabulario reciente, ni que lo expongan en pancartas de gran tamaño; lo que sí echamos de menos es lo

que uno agregaría, en letras del mismo tamaño, para redondear la frase, de forma que quedaría así: gobernar para transformar «en un estercolero el país que pisamos». ¿A que sí se echa en falta ese añadido? Naturalmente. Y por esa razón nadie los copia tales frases en sus carteles ya que los que no son ellos consideran que el avance de los países, y de la gente que los ocupa, se produce poco a poco, por evolución, no rompiendo todo lo existente de tiempo anterior que ha costado años en ser conseguido, sino mejorándolo día a día sin perder los valores que lo sostienen. Porque si se cambian los valores, –o los principios, como prefiramos– por escupitinajos soltados groseramente a discreción, solo puede uno esperar rodearse de porquería que es lo que está suministrando Pedro y sus guerrillas. ¿Es lo que a él le gusta? ¿Acaso es lo que pretende dejar cuando se vaya a pastorear otros apriscos, como pretende y con lo que sueña? ¿No se da cuenta de que por otros pastizales el ganado puede ser un tantico más espabilado y por ello puede encontrarse con que lo tiren a cabezas a un charco lleno de pérfidos reptiles?



Tal rótulo nos viene a la memoria, a la vista de lo expuesto durante la moción de censura al Gobierno presentada por Vox, los días 21 y 22 del presente mes de marzo, pues, probablemente quedaron obnubilados los españoles ante los mítines ofrecidos por los representantes del Gobierno, fuera de lugar como les diría Tamames, plagado de mentiras, con interpretaciones de la historia absolutamente falsas, con la defensa, de forma exagerada, de los medios utilizados para deshacer España. El modo de ladrar de Patxi López probablemente no se había escuchado en el Parlamento en todos sus años de existencia, a pesar de que se han pronunciado no pocos oradores de todo tipo. Y posiblemente tampoco haya rebotado aquellas paredes una oratoria tan pesada, tan amañada, con tanta mentira, insulsa hasta la saciedad como la que soltó Pedro Sánchez repasando el fajo de papeles que le acompañaban, más la información pasada por sus secuaces por el móvil; sin dejar atrás la lección innecesaria dada con tanta energía y furor por Yolanda Díaz respecto a todo lo que sabía sobre la Constitución.

No cabe duda de que las posturas y las palabras adecuadas para gobernar con la idea de transformar un país no son las que Pedro Sánchez y sus milicias pusieron de manifiesto, pues todas estaban encerradas en la mentira y el idealismo gramsciano de progreso que profesan y que únicamente conduce al hundimiento del país en el que son puestas en práctica.

Lo que nos inclina a declarar que hemos de votar por los valores y los principios raíces de la especie humana, olvidando las pérfidas intenciones de los progresistas y demás ralea al efecto de todo tipo, que, además, ponen de manifiesto constantemente la ignorancia que los acompaña.

Ramón Tamames *dixit*

José M^a García de Tuñón Aza

Finalizada la moción de censura, presentada por Vox, uno lee después los distintos medios o escucha algunas emisoras, y, el resultado de lo que han escrito o hablado, es muy variado. A mí la exposición del profesor Tamames me ha gustado. He celebrado casi todas sus palabras, pero hay unas, porque es un tema que, siempre me ha interesado, cuando haciéndose eco de las que escribió el historiador hispanista Raymond Carr, afirmó: «En realidad 1934 fue el comienzo de la Guerra Civil». Cuando la bancada de la izquierda, de la extrema izquierda y algunos más, compañeros de viaje, escucharon esta frase se tiraron al monte, algo de lo que están muy acostumbrados, porque, de esta manera, se les venía abajo esa idílica República que nos quieren hacer creer. Ni tan siquiera esa idílica República le gustó a Pío



Baroja, como así lo afirma en su libro *Comunistas, judíos y demás ralea*: «Yo no creí nunca en la República que iba a venir, y lo dije muchas veces... Esta será como la República de 1873 o quizá algo peor». En su libro *Ayer y hoy*, también escribió: «La República Española ha vivido en plena dictadura, en pleno despotismo y en plena arbitrariedad. Ha suprimido periódicos; ha metido en la cárcel a gente inocente; ha atropellado; ha tenido el deseo de vejar... el *Mundo Obrero*, órgano del comunismo, recomendaba contra los fascistas la eliminación integral, es decir la muerte».

Pero volvamos al año 1934 que, desencadenó la «Guerra Civil» y que, por esa razón, Salvador de Madariaga escribió que «con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936». Por otra parte, para Claudio Sánchez-Albornoz «la revolución de Asturias y el movimiento de Barcelona dieron una estocada a la República que acabó a la postre con ella», y, en otro momento, añadió: «La revolución de octubre, lo he dicho y lo he escrito muchas veces, acabó con la República. Ella y la *vehementia cordis* que Plinio atribuía ya a los españoles». Pero no acaba aquí lo que Sánchez-Albornoz dijo sobre aquella revolución. Cuando regresó del exilio en 1976 declararía en Oviedo, donde fue investido doctor «honoris causa» por la Universidad de esta ciudad: «La revolución de Asturias mató a la República». El también hispanista Payne opinaba que «el más grave desafío al sistema jurídico republicano anterior el mes de julio de 1936 fue el que presentaron los socialistas y sus aliados en los partidos de trabajadores, aglutinados en la Alianza Obrera, al sublevarse en octubre de 1934 con el fin de imponer un régimen más revolucionario. Este fue un desafío

mucho más grave que cualquiera de las revueltas del periodo 1932 a 1933 porque los socialistas estaban mejor organizados y porque en Asturias tomaron el control de las zonas mineras, estuvieron a punto de conquistar la ciudad de Oviedo y establecieron provisionalmente un violento régimen revolucionario. Los sucesos constituyeron la versión española del “Octubre Rojo” y captaron mucha atención internacional. En general, los historiadores están de acuerdo en que en este punto comenzó el proceso de polarización absoluta que iba a desembocar en los hechos del 18 de julio».

Por su parte, Julián Marías, discípulo de Ortega y Gasset, vio la Revolución de Octubre como algo desastroso que, sirvió para cargarse la República: «La República murió entonces. Fue la negación de la democracia, el no aceptar el resultado de unas elecciones limpiísimas». Y Gregorio Marañón, escribió: «La sublevación de Asturias en octubre de 1934 fue un intento en regla de ejecución del plan comunista de conquistar España». Para José Maldonado, último presidente republicano en el exilio, la Revolución de Octubre fue un error porque «si en España había una democracia no era legítimo que se preparara una subversión y es un error frente a una República democrática preparar una revolución social, que desde el principio está condenada al fracaso». El catedrático de Historia Josep Termes, escribió: «La revolución asturiana de octubre fue mucho más allá de los límites previstos por las fuerzas de la izquierda republicana hostil a Gil Robles, ya que de sus inicios fue planteada por los trabajadores asturianos como una revolución obrera cuyos objetivos eran la



destrucción de la sociedad burguesa, la superación de la República parlamentaria y el establecimiento de un régimen proletario». Otro ejemplo el del político inglés Anthony Eden ministro de Asuntos Exteriores en el Gabinete de Churchill y que más tarde ocuparía la jefatura del Gobierno, escribió que «la rebelión

de las derechas de 1936 fue precedida por una rebelión de las izquierdas en 1934 difícilmente más excusable». El filósofo Gustavo Bueno: «¿Cómo pueden olvidar en España las corrientes de izquierda que la Revolución de Octubre del 34 equivalía al principio de una guerra civil preventiva?». Vamos terminando con otro ejemplo reproduciendo lo que escribió el historiador José María García Escudero: «Decir octubre de 1934 es decir Asturias. Porque fue allí donde hubo auténtica revolución, un principio de guerra civil».

Y ahora sí que termino con unas palabras del socialista Rafael Fernández presidente que fue del Principado de Asturias y yerno de uno de los cabecillas de la Revolución de Octubre, Belarmino Tomás, cuando un día era entrevistado por el periodista del diario *La Nueva España*, Melchor Fernández Díaz y

éste le pregunta qué hacía el día en que se produce el 18 de julio de 1936. Rafael Fernández contesta que se encontraba participando en un mitin socialista en el pueblo de Sotrondio, sito en la cuenca minera de Asturias:

–¿Y qué pensó en ese momento? –le pregunta de nuevo el periodista.

Y con enorme sinceridad contestó:

–Me alegré. La mitad del país estaba deseando lanzarse contra la otra mitad para aniquilarla.

Con este final, espero que toda la bancada de izquierdas, extrema izquierda y demás ralea que tanto vociferaron con las palabras de Ramón Tamames, se hayan convencido de que el profesor tenía razón. Pero no se convencerán porque para la gran mayoría, la cabeza no les da para mucho más

La vida sigue igual

Un debate soporífero e inútil. Los sondeos señalan que ha tensado a la izquierda. Sánchez lo utilizará. Dos días que Tamames nunca olvidará

Juan Van-Halen (*El Debate*)

La moción de censura ha sido analizada con sabiduría por admirados columnistas del periódico y por ello no entraré en honduras, pero puede no ser del todo inútil anotar con desenfado alguna anécdota. Escribí sobre la moción dos artículos «Tamames y Vox» (11 de febrero) y «Sánchez y Tamames ganan» (18 de febrero). Me agrada haber acertado en algunas previsiones, acaso la más curiosa: Feijóo decidió la abstención del PP por respeto al candidato. Algún colega zurdo, menos informado que compensado, afirmó que la decisión era anterior a la elección de Tamames con intención de desmentir a Cuca Gamarra, pero no es cierto. El candidato protagonizó la decisión.

Tamames aguantó pacientemente la soporífera sesión y en sus intervenciones incorporó gratas dosis de ingenio. Descartó llegar más lejos porque calibró la diferencia entre lo que escucha desde su sillón de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y lo que escuchaba en el templo de la soberanía nacional. Nada que ver. Tamames ya ha impartido muchas clases y la obra de misericordia de enseñar al que no sabe no incluye probablemente a sus señorías. El candidato olvidó referirse a la exigencia de elecciones inmediatas pero citó a personajes de los que buena parte del auditorio no tenía ni idea mientras unos a otros se preguntaban el significado de «ucronía». Una tal Vehí reiteró que Franco se había sublevado en 1939, y la diputada



Aizpurúa estuvo a su penoso nivel habitual. No faltó quien apostilló a Tamames en temas económicos; la osadía ignorante no tiene límites.

El viejo profesor escuchaba asombrado. Qué diferente aquel personal a los diputados de sus años de parlamentario. Pues sí. Algunas intervenciones rozaron la grosería y la insolencia. Rufián bordó su personaje, entre *El Club de la Comedia* y *El vengador sin piedad*. Comenzó preguntando a Abascal si le gustaba su vestimenta porque el líder de Vox había opinado sobre la inapropiada indumentaria de algunos diputados. Rufián esta vez –raro– vestía chaqueta con corbata. Baldoví, que estuvo chillón, desaforado y faltón, llegó al Congreso con chaqueta pero en la tribuna apareció en camisa. Un digital zurdo opinó que el respeto a las instituciones nada tiene que ver con la vestimenta, pero sabe poco de protocolo. Ni en el Parlamento Británico ni en la Asamblea Francesa, por ejemplo, se verán indumentarias inadecuadas. La



blandenguería de alguna presidencia de la Cámara permitió que haya diputados que parecen ir de excursión. Si no calibran el respeto a una institución y a su historia, ese vacío se cura le-

yendo.

Sánchez llevaba escritas hasta las réplicas. Una hora cuarenta minutos. A lo Fidel Castro. Monótono, previsible, sin contestar a nada, en el mecachis que listo soy marca de la casa. Como siempre. Citó 59 veces al PP y a Feijóo achacándoles su abstención, pero el PSOE se abstuvo en la moción de Podemos a Rajoy en 2017. Y culpó a Tamames de no presentar un programa. Él no lo presentó en su moción a Rajoy en 2018. Su cóctel de apoyos lo hacía difícil.



Sánchez decidió dar la alternativa a Yolanda Díaz contra Podemos en ocasión solemne. Hace tiempo que entre Pablo y Yoli están rotos los puentes. Él desearía «azotarla hasta que sangre». Yoli habló no poco de ella, que es el tema que más conoce, en una intervención farragosa con argumentos inverosímiles y mentiras ya suficientemente desmentidas. Elegante, lejos los tiempos de Ferrol, pura blancura, parecía una novia. Chulísima. Acabará en el sanchismo militante. Y un Patxi López chillón, demagógico y sobreactuando para contentar y agradecer al jefe; impresentable y fuera de lugar.

Abascal y Gamarra posiblemente en sus mejores intervenciones parlamentarias. Abascal sin estridencias, calmado. Gamarra respetuosa con el candidato y dura con el hombre del fastuoso traje azulete. Y para información de algún colega: si Feijóo hubiera asistido no hubiese estado en la tribuna de invitados sino en un escaño, en su caso el primero de la bancada del PP. Los senadores

pueden ocupar escaño en el Congreso, igual que los diputados en el Senado, lo que no pueden es intervenir en una Cámara que no es la suya.

En resumen: un debate soporífero e inútil. Los sondeos señalan que ha tendido a la izquierda. Sánchez lo utilizará. Dos días que Tamames nunca olvidará. La vida sigue igual.

Intemperie o aire libre

Manuel Parra Celaya

Ao creo que nunca podamos acostumbrarnos a que en todas las cabeceras de los informativos de la televisión o en nada recónditas páginas de los periódicos nos lleguen noticias alarmantes sobre niños y jóvenes como protagonistas de delitos o de suicidios. Lo primero que se nos ocurre estos hechos van a contra la propia naturaleza de esas edades, que podrían tener alguna explicación –no justificación– en un mundo de adultos desquiciados, pero nunca en momentos en que la vida, quizás de un modo



algo tópico, se abre a un cúmulo de expectativas y de ilusiones.

Ya sabemos que se suele ocultar piadosamente el marco social o los orígenes étnicos o geográficos de algunos de sus protagonistas, especialmente cuando las infaustas informaciones se refieren a violaciones u otros delitos sexuales, porque eso no es más que el resultado de las consignas políticas del momento, y, en todo caso, no atenúa los hechos ni su gravedad, ni de que no crezca el estado de alarma de las gentes. Pero lo que suele llamar el *malestar* de niños y jóvenes crece por doquier y sin reparar en barrios.



Cuando se pretende llegar hasta las causas, las explicaciones son variadas: el bulling escolar, la adición a la redes sociales con contenidos nunca controlados por los educadores, la incomunicación con los padres, el culto al cuerpo, la pornografía al alcance de

edades cada vez más tempranas, el afán de dinero de los adultos como mal ejemplo, la ausencia del sentido de autoridad tanto en los hogares como en la sociedad en general, la destrucción de la familia que era la primera y principal escuela...

No faltan voces en el ámbito de la educación que centran el problema en la ausencia de valores, o en el de la psicología, que traducen estas conductas a trastornos de origen patológico; los sociólogos, por su parte, nos ofrecen estadísticas a cual más alarmante...y el campo político esconde la cabeza bajo

el ala. Se dan, eso sí, maravillosas iniciativas privadas, alguna de ellas del campo religioso, y multitud de voluntarismos casi heroicos que no logran paliar la situación, quizás porque las explicaciones son muy complejas. Creo que ya mencionaba en un artículo anterior el comentario de un psicólogo amigo, hace unos diez años, que me confesó que «*estaba creciendo una infancia y una juventud enfermas*».

Hace pocos días tuve la oportunidad de volver a ver en la pequeña pantalla la película de Ignacio F. Iquino *Juventud a la intemperie*, muestra de nuestro cine social de inequívoca procedencia falangista, con guion de Federico de Urrutia y que abría sus primeros planos, para más indicación, con una frase de José Antonio Primo de Rivera. Como la legendaria *Surcos*, de Nieves Conde, ya en aquella época este cine se despejaba de cualquier triunfalismo oficial y mostraba con crudeza a una juventud desprovista de valores y entregada al mundo de la ociosidad y, en casos, al de la delincuencia; no hay ni que decir que los comentaristas de la segunda cadena en que se emitió la película la calificaron de todo menos de bonita y no apeaban ni a tiros el calificativo de



«*fascista*» a la hora de juzgar sus méritos o deméritos...

Se me ocurre que aquella lejana juventud que estaba a *la intemperie* (la película es de 1964), en un momento en que empezaba el desarrollismo y el turismo empezaba a cubrir los huecos de nuestra economía –que aún no había llegado, como ocurrió una década después, al noveno puesto del listado de naciones industrializadas– era una antesala de la que tenemos ahora, si bien, en este momento, con problemas corregidos y acrecentados. El Régimen anterior no atinó, verdaderamente, a ampliar a una gran parte de los niños y jóvenes una *educación en valores*, que sí disfrutamos, en cambio, una gran minoría –voluntaria– que pasó por campamentos e instituciones educativas en el tiempo libre; y, del mismo modo, el Régimen actual no es capaz de acercarse a los más graves problemas, máxime con el impacto del materialismo imperante y del puro relativismo que los agravan. Cabría preguntarse qué expectativas tienen hoy los jóvenes, en un marco social y económico en el que solo priva la especulación...

Los niños y jóvenes de este momento –generalizando quizás injustamente– son los que más sufren este choque del relativismo, en cuyo seno *todo es lo mismo*, donde no existen valores por encima de las posiciones individuales; todo relativismo lleva inexorablemente al nihilismo, a la negación a priori de toda Verdad con mayúscula. Tampoco puede haber referentes ni ejemplaridades robustas, fuera de los *influencers* que acaparan nuestros móviles.

Especialmente, se ha hurtado a nuestros hijos y nietos cualquier noción de Trascendencia, que es la que puede sustentar el resto del edificio axiológico, incluso las ganas de seguir viviendo. Por otra parte, se vive en un total presentismo, sin más aliciente que el que puedan proporcionar placeres instantáneos; no es extraño que el prójimo se vea desprovisto de su dignidad humana y *cosificado* por su presunta utilidad.

Niños y jóvenes –y adultos– precisarían del *aire libre*, de una atmósfera limpia y clara, en la que un cielo estrellado nos hablara del Bien, de la Verdad, de la Belleza; en el que fuera necesario el esfuerzo para obtener socialmente una recompensa válida; en donde se abrieran senderos –quizás, primero, trochas– para caminar hacia paisajes más prometedores; porque, ahora, en el mismo hogar muchas veces, en el marco social en general, solo se abren callejones oscuros y turbios, sometidos a una *intemperie* constante.

Como reflejo, el cine –tan subvencionado– de nuestros días, que, en un constante *más de lo mismo*, no se atreve a entrar en una crítica profunda y dura de los males que nos aquejan, sino que se recrea en las mismas miserias sin visos de posible recuperación.

El «sexilio»

La enfermiza obsesión sexual de esta gente lo llena todo

Costillares (*El Manifiesto*)

Aunque parezca ciencia ficción, la «Ley Trans» de Irene Montero, no intenta con permitir a niños de catorce años cambiar su sexo biológico, estudiará la relación del «sexilio» con la España vaciada. Quizás ustedes lo sepan, pero el que esto escribe no tiene ni pajolera idea del significado del nuevo palabro inventado por los doctores del castellano que forman las filas del ministerio morado. Dícese, según la disposición adicional tercera de



la ley, «del abandono de las personas LGTBI de su lugar de residencia por rechazo, discriminación o violencia, dándose especialmente en las zonas rurales». Añade que, tras el estudio, «se contemplará el sexilio como causa de despoblación dentro de las medidas sobre políticas de despoblación del Gobierno Español».

¡Acabáramos! ¿Nos quieren vender la moto pretendiendo vincular la despoblación del campo y la España vaciada con la orientación sexual? Enciérrense en los gulags en que pretenden convertir las urbes y dejen a la España rural tranquila. Mejor vaciada que con engendros de vuestra calaña. Está claro que esto forma parte del enésimo chiringuito de un ministerio que ya no sabe a qué atenerse para estar en boca de todos. ¿Cuánto pensará gastarse esta vez?

Antes de redactar una ley semejante e inventarse vocablos sin sentido, recomiendo a sus señorías que hagan un ejercicio de autorreflexión y se pregunten por qué tenemos una España vaciada. Dejando atrás las revoluciones industriales, que incentivaron el abandono de la vida rural en pos de un trabajo en las ciudades, caso de España en los años 50 y 60, lo cierto es que el actual abandono y vacío demográfico de nuestro país –el 90 % del territorio– es fruto del entramado jurídico y de la arquitectura institucional del Estado español. Por supuesto, sostenido y amamantado por la superestructura de la Unión Europea, que abandona a su suerte a las áreas poco competitivas. A mamá Europa le ha salido abuela, la Agenda 2030, quien, pese a decir querer a sus vástagos y darles la paga dominical –FEDER, FSEX, FEADER–, no hace sino aumentar su miseria y abrir la brecha entre la ciudad y el mundo rural. ¿Qué



soluciones propone el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico? Nada más y nada menos que un Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia de la Economía Española, denominado «España Puede», inspirado, como no, en la diosa de colorines por todos adorada, el breviario hacia la felicidad que constituye la Agenda 2030. ¿Qué solu-

ción propondría el ciudadano de a pie afincado en cualquier pueblo del interior? ¿Han contado con ellos para la elaboración de tan diabólico plan? Si a ellos preguntan, les responderán que la solución estriba en la recuperación de bienes comunales, bosques, prados, sendas y caminos, antaño propiedad real de los individuos, hoy en manos de una administración que, no contenta con la propiedad del campo, produce un entramado legal y burocrático imposible para todo hijo de vecino. ¡Simple y sencillo! Que el parasitismo quede únicamente en el mundo natural y abandone las gerencias municipales y autonómicas en las que lleva sangrando décadas.

Sin ir más lejos, podía la señora ministra comenzar el estudio, no del «sexilio», sino de un tan real como trágico éxodo rural, con el territorio áspero y más allá del Duero que forma Extremadura. Desconozco si los extremeños que abandonan la región lo hacen por su condición sexual, cosa que dudo, o por la ausencia de oportunidades en una región cada vez con menos oportunidades. ¡40 años de ppsoe! 40 largos años con unas reivindicaciones que tienen su punta de lanza en el olvido de las infraestructuras que padecemos. Por todos es sabido que las conexiones son imprescindibles para la expansión de un tejido industrial, no ya potente, sino de manufactura básica. El tren es solo una muestra del ostracismo de Extremadura, y razón suficiente para echar a los soplagaitas que llevan tantos lustros hundiendo en la miseria a nuestras queridas comarcas. Sin AVE, pero cada vez con más zonas ZEPA –actualmente más del 26 % del territorio–, con el consiguiente desprecio a todo aquello que atente contra este nuevo ecologismo carente de todo sentido. Por no contar,

adolecemos incluso de trenes de larga distancia. Eso sí, podemos estar orgullosos de tener una infraestructura del siglo pasado que permite recorrer los 400 kilómetros que separan Badajoz de Madrid en 5 horas y media. Eso, en el mejor de los casos, porque, como si de un parque temático se tratara, los viajes no están exentos de sobresaltos. No hay que ser muy docto para darse cuenta que el tren y la mejora ferroviaria serían un estímulo para el crecimiento económico con la posición estratégica de Extremadura a caballo entre España y Portugal como uno de sus atractivos. Pero, para ello, hay que abandonar la nueva religión, la estupidez socialista y subirse al carro de aquellos que velan realmente por la tierra en que viven, que cuidan lo tuyo.

De los días de...

En el futuro, si seguimos en las mismas manos, se instaurarán nuevos «Días de» a festejar. «El Día de los Violadores Liberados», el «Día de las Atletas transsexuales», «El Día del Político Consecuente» –de muy menguada celebración–

Alfonso Ussía (*El Debate*)

En mi casa no se celebra ningún «Día de...». Hay días sagrados y tradicionales vinculados al cristianismo que celebramos todos. Nochebuena, Navidad, Reyes, La Inmaculada, el Pilar, Santiago, los de la Semana Santa, el día de la Virgen –15 de agosto–, y familiarmente el 18 de junio, San Ciriaco. Una absurda tradición de la familia Ussía. Todos llevamos, hombres y mujeres, el nombre de Ciriaco en tercer lugar desde cuatro o cinco



generaciones atrás. Alguno de los antepasados extendió el rumor de que los Ussía que no se llamaran Ciriaco terminarían siendo tontos, y hemos sido tan tontos que nos lo hemos creído. Como en todas las familias, hay listos y tontos, entre ellos mi pariente Andrés Ussía –Andresito–, que ya ha superado los sesenta años de edad y sigue preguntando si el Jueves y el Viernes Santo caen en lunes y martes, para así tener más días de vacaciones. De vacaciones no sé para qué, porque no ha trabajado nunca, y su única exigencia laboral, impuesta a sí mismo, es la de mantener en perfecto estado

de uso su instalación de trenes eléctricos que ocupa más de la mitad de su casa. También se llama Ciriaco. Y si se estropea el pito o bocina de alguna locomotora, imita a la perfección el sonido, y se lo pasa bomba. Y le encantan las chuches.

Pero no celebramos los «Días de...» empezando por el Día de la Madre y el Día del Padre. Todo principió con el «Día de la Madre», gran invento comercial de Pepín Fernández, propietario de Galerías Preciados. Ramón Areces, desde El Corte Inglés se sumó a la fiesta, y así hasta hoy. Siguieron con el Día de los Enamorados, el Día de la Mujer Trabajadora, el Día de la Bicicleta y el

Día de las Ardillas Cariacontecidas. En España, hoy tendría un gran éxito el «Día del Tonto del Culo» que podría coincidir con el día de San Alberto, Santa Irene, Santa Yolanda, Santa Mónica, Santa Soraya o Santa Pam, siempre que la última haya existido. Hoy, día de San José, se celebra simultáneamente el «Día del Padre», y cada vez que alguien me felicita por ello, me invade un ataque de alipori que no puedo con él. Y en el futuro, si seguimos en las mismas manos, se instaurarán nuevos «Días de» a festejar. «El Día de los Violadores Liberados», el «Día de las Atletas transexuales», «El Día del Político Consecuente» –de muy menguada celebración–, y «El Día del Marica a la Antigua Usanza» que competirá con el «Día de los LGTBI». Y quizá se imponga el Día del Lobo Sanguinario prohibiendo a los ganaderos y pastores que se celebre el Día del Ganado Exterminado por los Lobos, porque no entra en el espíritu de la Agenda 2030. Y no dejemos en el olvido el «Día del Senderista Sudoroso y Quemamontes con Barbacoas» siempre que sus participantes porten obligatoriamente pantalones pirata, chancletas con dedos a la vista, camiseta con la efigie del asesino de gays y gran hijoputa el Che Guevara –que en paz no descansa–, y gorrilla morada para cubrirse del radiante sol.

Porque todos los días son días de alguna chorrada, y puestos a ello, es muy sencillo dotar al calendario de días contradictorios. Por ejemplo, el día de San Pedro y San Pablo «El Día del Avión y el chalé con piscina», que nada tienen que ver el uno con el otro, pero puestos al análisis profundo, se le puede encontrar en la contradicción un nexo de unión indiscutible.

Y el Día del Árbitro Comprado. Día autonómico. Podría coincidir con el Día de «Sant Jordi», para completar la hondura sentimental de la fiesta.

Hoy, 20 de marzo, no hay «Día de». Se trata pues, de una jornada rebosada de dignidad y buen gusto.

Reformar las pensiones, quemar las calles

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Arde Francia, paralizada por un Gobierno que parece haber perdido el control del orden público y sometida al terror organizado de una ultraizquierda que cada noche sopla las brasas de una Revolución que, más de 200 años después de la original, encuentra en la negativa radical a aceptar cualquier reforma que ponga en riesgo el nivel de vida del francés medio la mecha lista para incendiar la calle. Por la mañana, piquetes de sindicalistas levantan barricadas interrumpiendo el tráfico, ocupando rotondas y bloqueando accesos a centros comerciales o industriales. Por la tarde-noche, y al amparo de las manifestaciones autorizadas, grupos organizados de ultraizquierda se lanzan a



quemar todo lo que encuentran a su paso, desde las montañas de basura que la alcaldesa Anne Hidalgo ha dejado amontonar en las calles de París, hasta vehículos, mobiliario urbano, escaparates... El objetivo prioritario, naturalmente, son las fuerzas del orden. Es gente más joven, más urbana y más politizada que los «chalecos amarillos» de la Francia profunda, convertidos en encarnación de la ira contra todo lo establecido. Con perfecta estrategia de guerrilla urbana, encapuchados y de negro, juegan al gato y al ratón con miles de policías y con los temibles Brav-M, cuerpo motorizado de intervención rápida. A todos dan esquinazo desapareciendo antes de las cargas, para reaparecer después en grupos muy numerosos en lugares desprotegidos en los que volver a sembrar el caos. «Sin previo aviso, los matones se dispersan y luego se reagrupan repentinamente para multiplicar los disturbios». Más de 930 incendios se reportaron en París el jueves, con cientos de policías heridos, algunos de extrema gravedad. Grupos de extrema izquierda son los que se han adueñado de París, Marsella, Nantes, Amiens, Dijon, Brest y tantos otros lugares.

Con un Macron superado por los acontecimientos, condenado, o eso piensa mucha gente, a retirar una reforma claramente insuficiente para las urgencias



de las finanzas públicas galas, que apenas pretende aumentar de 62 a 64 años la edad de jubilación. Un Macron que se ha visto obligado a aceptar la humillación de solicitar a Londres un aplazamiento de la visita oficial de Carlos III, lo que supone reconocer que París no

puede garantizar el viaje real en condiciones de seguridad. Un episodio que muchos han interpretado como una señal más del colapso, del declive general de un país obligado a aceptar reformas drásticas para seguir instalado entre los países punteros de la UE, un país que soporta una deuda pública que ha superado ya los 3 billones, con una desindustrialización galopante (déficit comercial de 160.000 millones en 2022), con pérdida de nivel de vida culpa de la inflación (entre 9 y 10 millones de pobres según el INSEE, el INE galo), con aumento de la pobreza (casi 2,5 millones dependiendo de ayudas alimentarias), con una importante tasa de paro, pero también con aumento de la violencia, con barrios enteros convertidos en guetos de la inmigración en los que resulta arriesgado adentrarse a ciertas horas, con una sanidad pública en declive, con un sistema educativo, antaño viejo orgullo patrio, en caída libre...

Los responsables de este en apariencia inevitable viaje de Francia hacia el abismo son varios. Naturalmente que los líderes de los partidos con representación en las Cámaras, que han permitido este clima casi insurreccional por puro interés partidista. Lamentable el papel de la derecha republicana (LR),

con parte de su representación jugando a la «revolución», aunque nada comparable al de Jean-Luc Mélenchon, líder de la coalición de izquierda Nupes (LFI, socialistas, comunistas y ecologistas), ese moderno Lenin que, más que dispuesto a pescar en río revuelto, parece buscar la destrucción del país. Naturalmente, unos sindicatos a los que está afiliado apenas el 9% de los trabajadores y que parecen haber perdido el control de la protesta a manos de esa ultraizquierda, con sus «matones» al frente, dispuesta a echarle un pulso al Estado. «Acostumbrados al sentimiento de impunidad que les ha permitido durante años sembrar el terror en nuestras calles, los matones de la izquierda radical se han embarcado en su siniestro ritual de destrucción. ¿62 o 64 años, qué más da? Su único objetivo es humillar al Estado y derribarlo», escribía el jueves Trémolet de Villers, editorialista de *Le Figaro*. Como ocurre en España, la conducta de esa extrema izquierda siempre encuentra plácido acomodo, disculpa puntual en gran parte de los medios de comunicación franceses, por no hablar de la intelectualidad gala. Siempre dispuestos a justificar los excesos de la izquierda comunista, siempre listos para cargar las tintas contra la derecha dura. Una derrota, conviene aclarar, que empieza por el lenguaje. En efecto, la palabra «extrema» solo se aplica a la derecha (así, extrema derecha o ultraderecha), nunca a la izquierda. En Francia, como en España.

¿Es Macron la única alternativa al caos reinante en Francia? Parece inevitable restaurar la autoridad del Estado como primera providencia, devolver al Estado «el monopolio de la violencia física legítima» que decía Max Weber. Con una base electoral compuesta por jubilados muy sensibles a las cuestiones de orden público, Macron podría verse tentado a convertirse en «defensor del orden», como lo fueron Luis Napoleón Bonaparte en 1848 o De Gaulle en 1968. Nada del carácter de ambos personajes, sin embargo, parece hallarse en el granuja que, en la entrevista que esta semana concedió a *TF1* y *France 2*, fue capaz estando en pantalla de esconder sus manos bajo la mesa para quitarse un costoso reloj de lujo que lucía mientras pedía sacrificios a los franceses. Estamos, como en España, como en el resto de la UE, ante el problema de la calidad de la clase política y la ausencia de liderazgos de peso, líderes morales, no chisgarabís encaramados al poder para lucimiento personal o enfermiza ambición del mismo. Los episodios que está viviendo Francia, con todo, apuntan a una crisis del sistema democrático (sólo un 46% del electorado participó en las últimas legislativas galas), cuyo origen parece estar en la desconfianza radical del pueblo (¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!), en Francia como en el resto de la UE, hacia una clase política que, plena de arrogancia y suficiencia, cuando no desprecio, ha dejado de servir a los intereses generales para centrarse en los particulares de grupo o de partido. Una clase política convertida en simple extractora de recursos públicos.



Violencia inaudita en Francia a cuenta de una «reformita» de las pensiones que todo el mundo sabe perfectamente insuficiente de aquí a unos pocos años, y paz social total en una España que acaba de conocer, «cometer» cabría decir, otra reforma de las pensiones convertida en un auténtico atraco a la España emprendedora, la España que crea riqueza y empleo, la España de las empresas y los trabajadores. Una reforma que no busca la sostenibilidad del sistema, sino amarrar el voto del mayor número de pensionistas al precio que sea, sin importar las consecuencias a medio y largo plazo, porque se trata de no tocar el gasto. La práctica totalidad de expertos en sistemas de pensiones, naturalmente todos los servicios de estudios, habían criticado con dureza una reforma que «no contribuye a la sostenibilidad y que disparará el gasto, el déficit y la deuda en las próximas décadas», en expresión casi unánime, pero ha sido la propia AIReF (Autoridad Independiente de Responsabilidad Fiscal) la que esta semana ha venido a dar la puntilla a una reforma que, en ausencia de medidas de contención del gasto, llevará el déficit público por encima del 8% y la deuda pública hasta el entorno del 150% del PIB.

Curioso el recorrido de este Escrivá, ejemplo de libro de desvergüenza intelectual, que antes de ser ministro se desempeñó durante el Gobierno Rajoy

como rector de la AIReF. Los análisis que entonces hacía insistían en el impacto negativo que para el empleo tendría cualquier subida de las cotizaciones sociales a empresarios y trabajadores, las mayores de toda la OCDE. Lo contaba aquí estos días Mercedes Serraller. Antes de ser



cooptado por Sánchez, Escrivá defendía aumentar el cómputo de la pensión «desde los 25 años del escenario central hasta los 35 años en 2027, lo que supondría un ahorro de 0,5 puntos de PIB en 2050 sin apenas afectar a la suficiencia». Alguien escribió días atrás un mensaje en Twitter tan lleno de indignación como pleno de sentido. «nunca olvidaremos que este impresentable es el artífice de una subida de las pensiones del 8% mientras los salarios suben tres veces menos, y que, para financiarla, incrementa las cotizaciones a empresas y trabajadores. Han hipotecado a toda una generación por un puñado de votos. Alguien tendría que explicar cómo consigue Sánchez transformar a grandes profesionales como este en mamarrachos sin escrúpulos, vergüenza o dignidad».

También se mostraba Escrivá favorable a la reforma del PP de 2013 que ahora critica sin piedad. Tras advertir de la elevada presión del envejecimiento de la población española en las finanzas públicas, Cristina Herrero, actual directora de la AIReF, propone en su informe «articular una estrategia fiscal nacional a medio y largo plazo, con la participación de todas las AAPP, compatible con el crecimiento económico y acompañada de nuevos análisis del sistema de pensiones, evaluaciones del gasto sanitario y una evaluación amplia del

Plan de Recuperación». Casi un programa de Gobierno susceptible de ser aceptado por cualquier persona con algo de sentido común y una pizca de responsabilidad. Nada que importe al canalla que nos preside, empeñado en lograr la reelección a final de año al precio que sea. Con los sindicatos bien regados con dinero público, para asegurarse el siniestro silencio a sus política liberticidas. Que nadie se engañe. El rechazo al personaje es tan transversal, tan profundo, tan unánime, que episodios como el representado esta semana en el Congreso por el profesor Tamames ni siquiera han servido de momentáneo alivio a su situación desesperada. Pero, ¡ay!, entonces sí nos vamos a enterar de lo que vale un peine. Entonces sí vamos a ver arder España por los cuatro costados, como hoy arde Francia por la herida de las pensiones. Nuestra izquierda, que casi toda es extrema, está lista para la batalla.
